

Maestros de la cirugía contemporánea

Masters of Contemporary Surgery

Autor: Dr. Luis Horacio Toledo-Pereyra
 Editorial: JGH Editores S.A. de C.V.
 Impreso: H.H. Impresores
 Dr. Martínez del Río, 148
 Colonia Doctores
 México, D.F.
 132 páginas, fotografía en blanco y negro
 ISBN: 970-681-029-3

El libro *Maestros de la Cirugía Contemporánea* continúa la línea que inició el Dr. Luis Horacio Toledo-Pereyra con su libro *Maestros de la Cirugía Moderna*, que fue presentado en 1996 en la ciudad de Guadalajara, en el se escribe la historia y los logros de siete notables cirujanos que de una forma u otra cambiaron el rumbo de la cirugía. Cinco cirujanos norteamericanos, un francés y un alemán son descritos en este libro de 132 páginas, que contiene además cuadros y fotografías que ilustran el texto.

Ya se ha hecho una revisión de lo que se escribe de cada cirujano, por lo que vale la pena añadir o completar algunos puntos.

Harvey Cushing, nacido en Ohio, es uno de los pioneros de la cirugía neurológica y desde joven estaba profundamente interesado en los avances de la cirugía; él realizó la primera esplenectomía en América, y cuando se dedicó a la cirugía neurológica creó un torniquete para disminuir la hemorragia del cuero cabelludo; más adelante utilizó el electrocauterio y diseñó numerosos instrumentos para la cirugía cerebral, con lo que pudo operar mejor.

Los resultados de su trabajo fueron sorprendentes y cuando describió tanto los padecimientos hipofisarios como su solución quirúrgica, entró de lleno en el sitio privilegiado de los grandes cirujanos.

Tuvo reveses, y sufrió envidias, como las que le ocasionó otro gran cirujano, Walter Dandy, que cuestionó sus técnicas y trató de desacreditarlo cuando hubo oportunidad.

Alexis Carrel, nacido en Lyon, Francia, ha sido con mucho uno de los ejemplos más acabados de cirujano-investigador-humanista. Desde sus primeros pasos como cirujano en Francia, se distinguió por su

enorme destreza quirúrgica y por su actitud fogosa y valiente frente a los errores o las carencias de la cirugía de su tiempo. Pensando que en América, especialmente en Canadá, podría desarrollarse mejor, viajó allá en 1904, pero no encontró un ambiente propicio, por lo que por recomendación viajó a los Estados Unidos y se estableció en el Instituto Rockefeller en donde perfeccionó el trabajo en el que llevaba años, la sutura vascular, que permitió que realizara los primeros trasplantes renales en animales. En 1912 recibió el Premio Nobel de Medicina, uno de los pocos cirujanos que lo han recibido, y continuó su trabajo.

Su franqueza le ganó la envidia y animadversión de sus colegas, quienes en Francia le llamaban "el americano" y en Estados Unidos le apodaban "el francés".

Viajó a Francia durante la primera guerra mundial, y diseñó un método de irrigación de las heridas, en los años en que no había antibióticos, con lo que salvó decenas de miles de vidas; en pago de ello, la Academia de Francia lo desconoció y lo expulsó de sus filas.

La faceta más singular de Carrel fue la de escritor, porque él fue el primero que decidió escribir sobre ciencia para quienes no son médicos, y su libro "L'homme, cet inconu", (el hombre, ese desconocido, traducido al español como *La Incógnita del Hombre*) se convirtió en uno de los libros más vendidos, porque llevó a millones de lectores una información de la que antes carecían; esto también le acarreó enemistades, porque los "puros" decían que la información médica era para médicos, y la obligación del paciente es "oír, callar y cumplir" las órdenes dictatoriales del doctor.

Alexis Carrel murió en París, pocos meses después de haberse firmado el fin de la segunda guerra mundial.

Ferdinand Sauerbruch, nacido en Bremen, Alemania, es el tercer gigante de este libro; su educación rigorista fue estimulada por uno de sus primeros maestros, Gunther His, y de él recibió no sólo enseñanzas, sino un cuarto en su clínica, con comida gratis, para que se dedicara de lleno a la investigación. Los frecuentes problemas de empiema y tuberculosis, que requerían una toracotomía, no se podían resolver por el colapso pulmonar que ocasionaba la apertura del tórax, y los enfermos morían sin remedio. Sauerbruch

diseñó una cámara hermética para neumotórax, cuyos primeros diseños constituyeron un sonado fracaso, pero fueron seguidos de resultados sorprendentes, con lo que la cirugía torácica se convirtió en una realidad. Junto con este descubrimiento, diseñó prótesis para los enfermos amputados, métodos de descompresión del cerebro para hidrocefálicos, numerosos instrumentos para la cirugía torácica y de ello dio cuenta en numerosos trabajos que publicó.

Su pasión por la clínica era legendaria, como la de todos los grandes maestros de la medicina, y cuando se generalizó el uso de los rayos X, escribió *"los rayos X deben ser sólo la confirmación del diagnóstico, no su punto inicial"*, sentencia que aún hoy es vigente.

Su fama le llevó a codearse con grandes personajes que fueron sus pacientes y sus amigos: Constantino de Grecia, Ferdinando de Bélgica, Roentgen, el barón Rotschild, y otros; su entrega al paciente le hizo operar gratuitamente a quien lo necesitaba, como ocurrió con un inquieto paciente de nombre Ulyanov, que no tenía un centavo; Ulyanov llevó después el nombre de Lenin.

Edward Ambrose Graham, oriundo de Chicago, se distinguió como cirujano desde sus primeros años, pero más aún por su empeño en mejorar la calidad de la cirugía de su tiempo. Le tocó en suerte conocer el triste destino de quienes sufrían un empiema secundario a influenza, ya que el 30 por ciento de ellos moría; Graham diseñó un método para el drenaje de la cavidad pleural sin que ocasionara neumotórax, con lo que la mortalidad disminuyó a 3 por ciento, y realizó las primeras neumonectomías sin que muriera el paciente.

Hizo carrera como médico del ejército, y al terminar la primera guerra mundial trabajó en la Universidad de Washington, en donde permaneció toda su vida.

La obra más importante de Graham, a más de lo ya señalado y el uso de los medios de contraste para estudios radiográficos como la coleciografía, fue en las organizaciones médicas. Una y otra vez denunció en el Colegio Americano de Cirujanos a los dinosaurios que impedían el progreso de la cirugía, cerrando el paso a los cirujanos jóvenes, y a quienes ostentando cargos sin sustento científico pretendían dirigir los destinos de una organización tan importante; habló en contra de la cirugía fantasma, que se realizaba sin control, y de la división de honorarios, que fomentaba la corrupción médica; esto le llevó, en 1936, a fundar el Consejo Americano de Cirugía, cuyo objeto fue la elevación de las normas de la cirugía, ante la indiferencia y aún oposición del Colegio Americano; hoy esto es una realidad y ambas corporaciones trabajan juntas para mejorar la calidad de la atención quirúrgica.

Frederick Amasa Coller, oriundo de Dakota del Sur, inició sus estudios y su práctica en su tierra natal, y cuando viajó a Harvard, tuvo contacto con Walter Cannon, el renombrado fisiólogo; al ver el interés que mostraba el joven Coller por aprender del maestro, le dijo *"Dr. Coller, admiro su interés, pero usted es cirujano, ¿qué sabe usted de fisiología?"* Mucha aprendió en efecto, y esto le permitió tener los mejores resultados en sus intervenciones quirúrgicas.

Si su influencia en la Universidad de Michigan fue grande como cirujano, mayor fue como maestro, ya que más de doscientos cirujanos, los más renombrados de los Estados Unidos, fueron entrenados y orientados por él: Huggins, Ransom, McVay, Warren, Block, Fry son algunos de los grandes de la cirugía que surgieron de las aulas de la Universidad de Michigan.

Lester Reynolds Dragstedt es el siguiente cirujano de este libro; nacido en Montana, hijo de padres suecos, es el prototipo del cirujano con profundo interés en la fisiología; después de estudiar medicina, se estableció en Chicago, donde estudió incansablemente los problemas del tubo digestivo, en particular la obstrucción intestinal, y al realizar la intubación intestinal cambió el destino de miles de pacientes que morían por esa causa; estudió la fisiología del páncreas, se interesó vivamente en la función del vago y el antro en la secreción y motilidad gástrica, y en 1943, después de numerosos estudios, realizó la primera vagotomía, seguida poco después de la vagotomía con piloro-plastia, que fue la solución de millones de casos de cirugía, pero que tuvo siempre la oposición de los médicos de la Clínica Mayo, que hasta muy recientemente seguían haciendo gastrectomías y minimizaron por años los méritos de Dragstedt.

Owen Harding Wangensteen, es el séptimo cirujano de este libro; nacido en Minnesota, tuvo sus primeras habilidades como aprendiz de veterinario, y luego estudió en la Universidad de Minnesota; deseaba ser internista, hasta que una conferencia del brillante cirujano Arnold Strachauer lo convenció de que la acción estaba en la cirugía.

Jefe del Departamento de Cirugía de la Universidad de Minnesota, creó todo un programa de cirugía, en donde mezclaba la racionalización de los servicios (bajó los sueldos de los cirujanos que sólo iban al hospital unos minutos y luego iban a su práctica privada), con el seguimiento del método científico unido a la creatividad humana; sus alumnos no seguían las rígidas pautas de la enseñanza convencional, sino que tenían posibilidades de iniciar estudios e investigaciones novedosas, ante el desprecio y la envidia de los viejos cirujanos que tenían planes acartonados y obsoletos.

Muchos alumnos salieron de su departamento para cambiar radicalmente la forma de hacer cirugía, entre ellos, Richard Varco, los hermanos Lillehei, Warden, Cohen, MacLean, Shumway, Barnard, Castañeda, y muchos más; el pionero de la cirugía de la obesidad, Edward E. Mason, inició las primeras operaciones restrictivas de obesidad, con el llamado Bypass gástrico, después de realizar con Wangensteen, en Minnesota, cuidadosos estudios en animales en donde mostró que la operación no era ulcerogénica.

¿Qué podemos decir de este libro?

Tres puntos importantes pueden ser de gran enseñanza para nosotros.

El primero es que los siete cirujanos cuya biografía aparece en el libro tienen en común dos rasgos: uno, la determinación de descubrir cada día una mejor manera de hacer la medicina y ejercer la cirugía. Cada

uno, en su campo, fue un incansable buscador de la verdad, origen diverso, educación distinta, un solo motor: pasión por la verdad.

El segundo, es que los siete, como todos los grandes hombres, tuvieron reconocimiento por su trabajo, pero todos vivieron épocas difíciles, sufrieron la indiferencia y oposición de sus colegas, envidias, descalificaciones y aun calumnias, que soportaron y superaron con dignidad.

Y el tercero, muy importante, es que un hombre como el Dr. Luis Horacio Toledo Pereyra, sonoreense incansable, gran cirujano e investigador, nos enseña que junto con la práctica de la cirugía, con la investigación de la más alta calidad, con ese “ver hacia delante” al estar siempre en la frontera de la ciencia, es preciso “ver hacia atrás”, conocer y reconocer los méritos de quienes nos precedieron, y que hace posible que nosotros, hoy, podamos ejercer nuestra profesión como lo hacemos.

Y tal vez, como última reflexión de este trabajo excelente de Toledo-Pereyra, convendría pensar si cada uno de nosotros puede hacer una semblanza, un breve resumen de la vida de ese maestro, de ese hombre o mujer que influyó en nuestra vida de forma tal que cambió para siempre nuestro destino. Si esto sucediera, podríamos tener, en nuestra revista Cirujano General, una sección que se llamara “mi personaje inolvidable”, en donde se rinda tributo y homenaje a ese cirujano que llevó la antorcha de la buena medicina a un alumno que no lo olvida.

Felicitaciones a Luis Horacio Toledo-Pereyra, a don Pedro Larios, incansable Quijote de las ediciones médicas, al que conozco y admiro desde hace más de 25 años, y a quienes hicieron posible la publicación de este hermoso libro.

Comentario: *Dr. Rafael Alvarez Cordero.*

